

PRISMA
REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &
ARIEL LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR - CLEMENTE PALMA

Año III

Lima, á 19 de octubre de 1907

N. 61



Soldados romanos en el cuerpo de guardia, de Carravaggio

[Orijinal de la Real galería de Dresde]



LEO en *El Grito del Pueblo* de Guayaquil, que es sin duda el mejor diario del Ecuador, un artículo titulado *Los Himnos Americanos*, bastante mal escrito, por un joven Alfredo Flores y Caamaño, que joven debe ser y con muy pocas disposiciones literarias. Lanza el autor la *novísima* iniciativa de que los países americanos *avigoren* sus lazos con España. Esta idea se la inspira al señor Flores la observación de la letra de los himnos nacionales americanos, especialmente la del Perú, pero tengo para mí que el propósito que persigue el señor Flores con esta manifestación de hispanofilia, *casualmente* contemporánea allitigio peruano-ecuatoriano que debe resolver el Rey de España, como árbitro, es hacer notar que mientras ellos, los ecuatorianos, se preocupan de que su himno nacional sea un ditirambó á la antigua metrópoli, nosotros, los peruanos, hacemos himnos preñados de horror y animadversión á España. Vamos joven, hasta para meterse en esas maniobras de patriotismo barato se requiere talento.

Precisamente, cuando aun no necesitábamos de congratarnos con el Rey de España, pensamos aquí eso que piensa el señor Flores y expone de una manera trabajosa en su artículo: que siendo España una nación sinceramente amiga de las repúblicas sud-americanas que un tiempo constituyeron su principal imperio colonial, disonaban esos himnos agresivos y belicosos que hicieron nuestros abuelos en épocas de agitación y odiosidad. Fíjese bien el señor Flores en que cuando pensamos esto no soñaba el Rey de España en ocuparse de nuestro litigio con el Ecuador; de ello hace seis ú ocho años. Consecuentes con tal modo de pensar se promovió un concurso para cambiar la letra del antiguo y belicoso himno peruano por otra más adecuada. Perseguíamos más que todo un fin de cortesía y cultura para con una nación lealmente amiga y para con una colonia muy querida, pues bien sabíamos que los españoles no se daban por ofendidos de unos versos bastante malos que distaban mucho de expresar sentimientos actuales, ni los peruanos tenían intención de ofenderlos con los versos del himno.

Las letras de los himnos son como las de las oraciones y cánticos sagrados: se recitan y se cantan sin sentir lo que se dice. Cuando en el *Padre Nuestro* le decimos á Dios... «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores»... mentimos como unos chinos afirmando una generosidad que por lo general nunca realizamos, y ofendemos a Dios, con una petulancia sin nombre, al ofrecernos como un modelo al que debe acomodarse su conducta. Pero así como el Padre Eterno debe reírse á caquinos de la letra de esa oración y sólo toma en cuenta la intención implorativa y humilde del que la recita, así al cantarse nuestro himno amenazador y retumbante solo vale y debe apreciarse el sentimiento de veneración y amor á la patria que simbolizan. Los himnos nacionales no son sino símbolos.

Al intentar la reforma de nuestro himno bien sospechábamos que ese intento sería prácticamente infructuoso, como lo será en el Ecuador, como lo sería en Francia y en todo el mundo. Una vez que los himnos tienen la sanción del tiempo y que el pueblo los adopta, poco importa que sean disparatados ó no: se quedan para siempre grabados en el alma popular. No obstante esto que el señor Flores no tiene en cuenta procuramos, repito

por cortesía y cultura adoptar otro himno, y en el certamen que se promovió, resultó aprobada, por el jurado que se nombró, la letra presentada por nuestro poeta José Santos Chocano. Demás es decir que el pueblo desconoce el nuevo himno y que sólo canta aquel de *Largo tiempo el peruano oprimido*... Y la misma suerte habría tenido un himno que hubieran escrito en colaboración los más excelsos poetas del mundo y nos lo hubieran obsequiado. El pueblo no se habría tomado el trabajo de aprenderlo y solo cantarían esas estrofas escritas por un mal poeta cualquiera al calor de las gloriosas acciones de la Independencia. Pero no está la malicia en que el señor Flores no tenga en cuenta estas cosas, sino en que por ignorancia y por patriotismo y solapada hispanofilia calumnie á Chocano.

He aquí lo que dice el señor Flores:

«El poeta José Santos Chacano autor de las siete estrofas de que se compone el nuevo himno del Perú, llegó hasta el reprehensible extremo de amenazar á España. He lo aquí:

Compatriotas, no más verla esclava,
si humillada tres siglos gimió
para siempre juremosla libre
manteniendo su propio esplendor

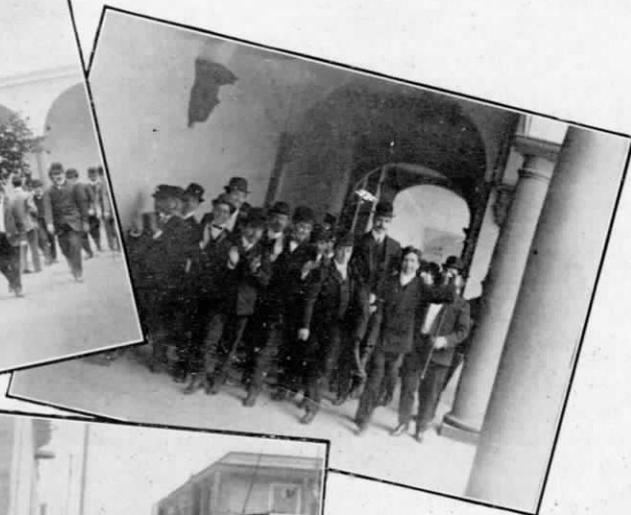
Nuestros brazos, hasta hoy desarmados,
estén siempre cebando el cañón,
que algún día en las playas de Hesperia
sentirán de su estruendo el terror.

Sin embargo de su himno poco amistoso, Chocano cosechó en Madrid, hace un año poco más ó menos, distinciones honoríficas q aplausos, siendo secretario de la legación de don Mariano H. Cornejo; después de lo cual, y como arrepentido de su obra anterior, ha dedicado á España sabrosísimas composiciones llenas de filial sentimiento....»

¿Es por ignorancia ó por malevolencia que el señor Flores le atribuye á Chocano la paternidad de esa vieja estrofa tonante, la tercera de nuestro histórico himno? Esa estrofa era precisamente la que más deseábamos cambiar, no porque creyéramos que los españoles fueran tan necios que se asustaran (¡uy! que miedo!) ó se ofendieran, sino porque es de una balandronada superlativa que no cuadra bien con nuestras aspiraciones pacíficas actuales, balandronada muy propia del año 1821 en que fué escrita. Hoy con la mejor voluntad le cederíamos esa estrofa á los himnos de ciertos países desorganizados y revoltosos de América que confunden el patriotismo con la patrioteria y que no conciben el progreso sin la camorra.

Por lo demás el malicioso artículo no dará en el blanco, entre otras razones porque el españolismo poco oportuno del señor Flores y su intencionada alusión á Chocano serán apreciadas por los españoles que hayan leído su artículo, de un modo que no hará honor á aquel, pues en verdad no es muy honroso para un escritor que lo más suave que se le pueda decir para disculpar benevolamente una tontería, sea: ignoraba lo que escribió.

La Asamblea de Universitarios



1—Saliedo del General, 2—El delegado Miró Quesada en triunfo, 3—Los delegados de Jurisprudencia y Letras, 4—Por esas calles, 5—Un grupo animado, 6—El delegado Belaunde, entre sus compañeros, 7—En la puerta de la Universidad, 8—Entre amigos

Foto Grandjean.

LA MITAD DE LA JUSTICIA



SEÑORAS y señores: —añadió el orador, saludando á la concurrencia, que había aplaudido la primera parte de su discurso.—Veo que estáis conformes con mi sistema penal, para que haya justicia y equidad en el castigo. Pero, ¿puede ser justa una sociedad si sólo ejerce la dura función de castigar, y no suaviza y completa la acción pública con premios y recompensas á las buenas acciones? ¿Qué justicia es esa, que encarcela, aherroja y da garrote al delincuente, y no protege al benemérito? ¿Cómo se ha escrito un Código penal y no existe otro código recompensal?

—Ah, señores! La idea de la justicia eterna abraza los dos extremos. De ella hemos tomado el limbo, que es la prevención; el purgatorio, que es la cárcel, y el presidio, que es el infierno. Como veis, nos hemos olvidado de la gloria. La justicia humana sólo ha tomado la parte del demonio. No debe representarse en los grabados con la espada y la balanza; hay que quitarla el peso y dejarla el espadón; ó mejor dicho, sustituir la espada con dos cuernos.

—Si me dejan cesante, me decía un antiguo magistrado, peor para el gobierno; peor para todos. En mi larga carrera sólo he aprendido á ahorcar. ¡Ay de los que caigan!

El funcionario público sólo conocía el arte de hacer daño. ¿Por qué no han de practicar esos personajes el arte de hacer bien? La idea de la justicia sólo llega á nosotros acompañada de bastones con borlas, fajines, birretes, sables, tricornios, revólveres y varas de alguacil. ¡Qué indumentaria tan desagradable! Yo propongo alegrar sus atributos con faldas de raso, copas de champaña, coronas de laurel, joyas, pinturas y dorados uniformes. No creáis, sin embargo, que trato de sustituir la severa toga del magistrado por sobrefaldas de color de salmón bordadas de oro, como la que luce Sara Bernhardt en *La dama de las camelias*. No y mil veces no: conserven su tradicional funda de seda aquellos próceres, cúbranse con el birrete de borla que parece el estuche de las leyes. No trato de alterar la forma arqueológica de aquella personificación de la justicia, ni descomponer la clásica caída de los pliegues de su toga. Escuchen y distingán: formulen y sentencien. ¡Fe-

lices ellos, á quienes la ley y la costumbre, previsoras, les dieron hechos de antemano la fórmula para discutir, las penas que aplicar, y hasta el lenguaje en que han de encajonar sus pensamientos, que viene á ser la toga de su estilo!

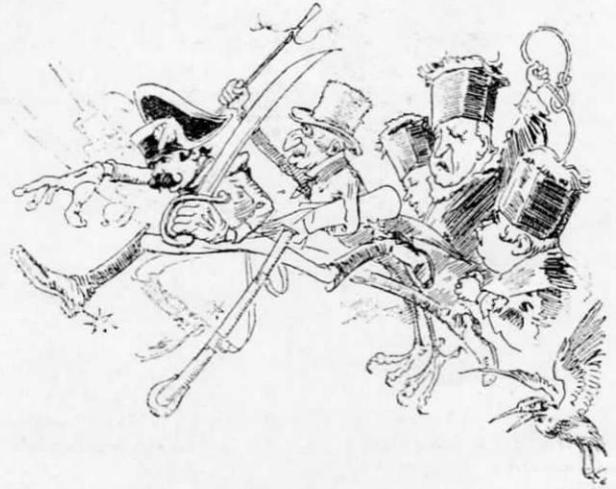
Señoras y señores: Perdonadme esta digresión y permitid que esponga cómo debe el Estado ejecutar el acto

inverso al único que hoy ejerce; es decir, cómo ha de premiar á aquellos que lo merezcan.

Pues escribiendo el Código y estableciendo con su escala gradual los premios de las grandes acciones y los méritos: nombrando tribunales que hagan felices á los buenos; instituyendo una policía de chicas guapas que prendan á los sospechosos de bondad, y de buenos mozos que arresten á las hembras. Unos ú otras serán conducidos á la prevención en un landó, y la prevención

será una fonda: si hay motivo para elevar á prisión aquel arresto, serán conducidos á un palacio y mantenidos como príncipes, mientras la causa se tramita. De allí saldrán para su casa ó desterrados á baños, Exposiciones y viajes de recreo, ó condenados á presidio.

¡Oh! ¡El presidio! ¿Sabéis en qué consistirá el pre-



¡Oh! ¡El presidio! ¿Sabéis en qué consistirá el pre-

será una fonda: si hay motivo para elevar á prisión aquel arresto, serán conducidos á un palacio y mantenidos como príncipes, mientras la causa se tramita. De allí saldrán para su casa ó desterrados á baños, Exposiciones y viajes de recreo, ó condenados á presidio.

sidio de los ciudadanos beneméritos? Una vida de lujo y abundancia, coche propio pagado por el país, mesa espléndida, abono en el Real, todos los caprichos realizados con un simple deseo, respeto público, música cuando el oído la reclame, y un séquito de alabarderos públicos que le aplaudan y celebren todo lo que diga. Quiero, señores, que las buenas acciones den derecho á la prospe-



ridad, al respeto, á los placeres, á todo lo que sólo se suele conseguir en este mundo haciendo picardías.

Hay un triste funcionario, el verdugo, encargado de aplicar la última pena, la pena irreparable. Pido otro funcionario que sea su antítesis, un hombre ó una mu-



jer, según los sexos, dedicado á hacer la ventura perpetua del sentenciado al último placer, á la felicidad irreparable. Este ángel de la guarda velará su sueño haciéndole cosquillas en los labios para que sueñe cosas gratas. Se sonreirá cuando despierte; adivinará sus ca-

prichos para que se ejecuten al instante; le adulará y le hará dichoso, infundiéndole por el hipnotismo ideas agradables. El sentenciado tendrá cuenta abierta en todas las tesorerías para que gaste lo que quiera. Y así como en Oriente tienen los sultanes y bajás un esclavo con un abanico que ahuyenta los insectos, tendrá el venturoso ciudadano una guardia que expulse y haga huir á toda persona molesta y fastidiosa.

Señoras y señores:

Hay en el mundo media justicia nada más, y pido que se establezca la otra media. Hoy nadie tiene seguridad de no ser arrestado, enviado á presidio ó de no morir en el patíbulo; pero todos tenemos la certidumbre de que por grande que sea nuestra abnegación y filantropía, la contemplarán con indiferencia los encargados de la administración de justicia. Diréis que hay una cruz llamada de Beneficencia para premiar ciertas acciones. Yo me quedé sin ropa por salvar á una familia y me dieron esa cruz. Como veis, por mi traje, no tengo sitio en él donde colgarla.

¡Ah! Si existiera el presidio que propongo, haría heroicidades para entrar en ese establecimiento, optando por el sistema celular, para aislarme de los hombres. La felicidad suprema es tener un cuartito cómodo y elegante, y no saber quién manda, ni quién se muere, ni lo que se habla y se escribe, ni oír ruidos humanos, y dejar volar la imaginación con sus alas infatigables y ligeras....

Soy un filántropo ignorado porque no he presentado á la nación el recibo de mis méritos; estoy solo entre vosotros; mi mujer se escapó, dejándome su retrato y entregando el original á mi pasante. Si hubiera justicia no estaría solo: la sociedad me hubiera resarcido enviándome un coro de odaliscas que danzasen en torno mío, como hacen en el tercer acto de *Roberto*. Estaría condenado á cadena perpetua de mujeres.... A la justicia humana le sucede lo que á mí: le falta su mitad.



Y el discurso terminó aquí, interrumpido por un correazo sonoro que recibió el orador en las espaldas.

Era que le llamaba al orden el loquero.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



LOS CANASTOS

ENTRE hacer un pequeño servicio que apenas deje huella en la memoria del beneficiado ó un grave daño que le deje profundo recuerdo, elegid lo segundo. Os contaré lo que me sucedió una tarde de invierno con un pobre hombre llamado Vassielich.

Os juro que yo soy bueno, soy un buen padre de familia, pero es sólo en la época en que hay sol en este cielo brumoso. ¡Oh!, la bruma invernal me hace daño y me convierte en malvado. Si yo fuera *poppe*, en verano rendiría culto á Dios, pero en invierno le volvería la espalda y me entregaría á darle gusto al diablo. En el invierno le amo, siento que se introduce en mi ser, que estruja mi espíritu y aviva el fuego de mis malos instintos, entonces me siento nihilista, capaz de ser ladrón y asesino; lo rojo me enerva, y lo afilado y lo agudo me fascinan. Cuando llega la época de las primeras nevadas mi mujer me dice:—Marcof, padrecito mío, ya las malas ideas comienzan á fulgar en tus ojos. Ya viene el tiempo en que no vives sino gruñendo y blasfemando, en que nos aporreas, á tus hijos y á mí. Mira, no te alejes de la estufa, porque el hielo te hace malvado.... Pero decía hace poco que iba á referiros una aventura que tuve: ya lo había olvidado. Escuchadme.

Iba yo una tarde caminando, con mi pipa en la boca, por un largo y estrecho puente. Un carretero sordo llamado Vassielich seguía el mismo camino que yo, conduciendo en su carro más de veinte canastos de pescado fino, que diferentes dueños le habían comisionado que llevara al mercado para la venta del siguiente día. El carro, á causa de la curvatura del puente, se inclinaba hacia el borde derecho, pero no había peligro de que cayese, porque el pretil era suficientemente alto para impedir la caída. Con todo, hubiera querido darle un buen susto á Vassielich. Creedme que no soy malo, pero deseaba con toda mi alma darle un susto, aunque no fuera sino arrojarle con carreta y todo al río. De repente la cuerda que sujetaba los canastos se rompió ó desató... A fé que sentí un vuelco en el corazón. El puente es estrecho y largo, el carro caminaba despacio y saltaba mucho, el suelo del puente tiene una inclinación bastante sensible del centro hacia los bordes.... A los pocos segundos, ¡pum!, uno de los canastos se desprendió, cayó pesadamente sobre el pretil y desde allí se precipitó al

es que preferí esto. Cierito es que Vassielich era un buen hombre, que jamás me había hecho daño alguno, que iba á sufrir mucho con esta desgracia, pero ¿á mí que me importaba? ¿perdía yo algo con el desastre de Vassielich? No, al contrario, ganaba una diversión durante el trayecto del puente, que tiene unos cien metros de largo. Callé y ví caer la segunda canasta, luego la tercera y la cuarta, y la quinta y otras muchas. El pobre Vassielich, sea porque fuera sordo, ó porque iba distraído, no advirtió el ruido delicioso que hacían los canastos al romper la superficie ondulosa del río, haciendo saltar chorros de espuma. El caballo advirtió mejor lo que pasaba, pues, al sentir el carro menos pesado, aligeró el paso. Cuando llegamos al término del puente, corrí hacia la carreta:

— ¡Eh, Vassielich, amiguito!

El carretero no me oía; tuve que avanzar más y tocarle la pierna con el extremo de mi pipa, gritándole:

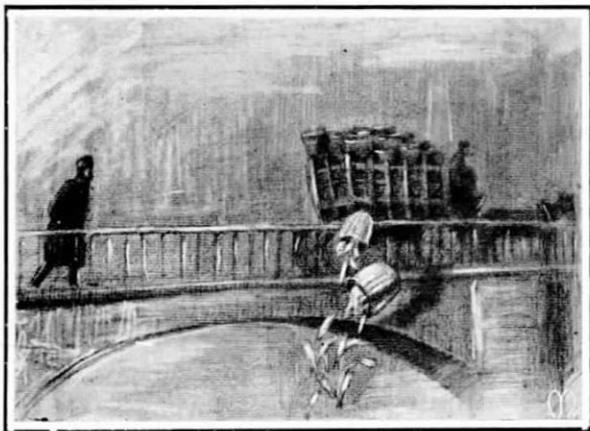
— ¡Vassielich! ¡Vassielich!

— ¡Eh!, ¿qué deseas? Tengo prisa....

— ¡Ay, padrecito, no tengas ya! Voy á comunicarte una gran desgracia.

— ¡Dios de Dios! ¿Ha muerto Ivanowna, mi mujer?

No, te juro que no; es algo peor y de más trascendencia social.



río. Lo ví caer y una voz muy débil me murmuraba dentro algo así como: «avisa á ese infeliz carretero que su carga se va al río.» Pero el invierno me gritaba más alto: «cállate hombre y límitate á mirar, ¿no es curioso y entretenido ver caer veinte canastos, uno detras de otro, como una manada de estúpidos carneros?» Y la verdad

— ¿Ha muerto el Czar?

— ¡Eh, así reventara!....

— Habla, habla....

— Pues detén el carro, que es algo grave lo que voy á decirte.

— Pero.... ya va anochecer y tengo prisa de llegar á la ciudad.

— No la tengas ya.

— ¿Por qué? Habla. Dios de Dios!—exclamó Vassielich impaciente deteniendo el carro.

Yo encendí lentamente mi pipa que se había apagado.

— Te decía, padrecito, que no tuvieras ya prisa en ir á la ciudad.... Verás si no tengo razón.

— ¡Maldición! Pero ¿por qué?

— Porque.... Créeme que me duele decírtelo, padrecito.... Oyeme bien: no debes apresurarte, porque.... porque el señor río se ha engullido, bocado tras bocado, tus canastos de peces. Soy testigo ocular. Te aconsejo que otro día hagas uso de cuerdas más fuertes.

Vassielich volvió el rostro violentamente y al asegurarse de su desgracia se puso horriblemente pálido, luego enrojeció y apeándose de la carreta se asomó al río.

—¡Eh, amigo!, buscas los agujeros que hicieron los canastos al atravesar la superficie. Ya se taparon.

Vassielich se puso á llorar: no tenía dinero con que pagar; le embargarían sus cosas. Ivanowna y sus hijos sufrirían miserias espantosas, y si no alcanzaba á pagar toda la deuda, le meterían á la cárcel. ¡Y el invierno que era tan crudo! El pobre sordo lloraba amargamente. ¡Era cosa de matarse!

—¡Sí, padrecito, es cosa de matarse!,—afirmé yo con acento filosófico.

Y, en efecto, creí que iba á arrojarse al río de cabeza, pues asomó el cuerpo por el pretil. Abrí los ojos desmesuradamente para ver con toda mi alma el chapuzón. Quizás el caballo por una de esas asombrosas fidelidades de que hablan las historias se precipitaría también arrastrando consigo el carro. Y, si no lo hacía, yo lo obligaría á ello. El puente estaba solitario y la ciudad estaba dos *verstas*. Pero no, lo que hizo Vassielich fué

ponerse á gritar y maldecir su suerte.... Se desvaneció mi esperanza, é irritado por la estupidez de ese carretero que por un cobarde amor á la vida no cumplía con su deber, le dije sonriéndome:

—Pude avisarte; padrecito, desde que vi caer el primer canasto. Más ¿para qué? Mañana habrías olvidado el favor que te hacía: en cambio, mañana que te lleven á la cárcel, y que tu mujer y tus hijos lloren en la miseria, te acordarás de mí, cierto que para maldecirme, pero te acordarás de mí....

Vassielich no me respondió, sea porque no me oyera, sea porque estaba aturdido con su desastre. Me encogí de hombros y proseguí mi camino, fumando mi pipa. Después de todo, el sitio de los peces era el río y no los canastos. He restablecido, pues, el equilibrio de la naturaleza.

CLEMENTE PALMA.

El caracol y la luciérnaga

Estaba un caracol ensimismado
sobre una hoja de lechuga tierna;
—Mucho madruga usted... ¿se ha desvelado?—
le dijo una luciérnaga con alas,
cerrando su linterna,
al ver surgir el alba luminosa—
Sin duda pasa usted noches muy malas
pues, observo, curiosa,
que al clarear el día
ya está usted levantado.

—Mentira

si dijera otra cosa—
contestó el caracol.—Amo á esa rosa
que abrió el sol, la otra tarde en la espesura
y que ciega al afán con que la adoro,
da su amor, ofuscada por su brillo,
á un volador y enfático insectillo
que luce bello coselete de oro.
¡Sí hasta creo que tengo calentura!
Pensando en su desdén que me tortura,
y que no hay caracol que no reproche
¿como quiere que duerma por la noche?
Quise besar sus hojas peregrinas;
más antes de llegar á la corola
desgarraron mi carne sus espinas;
¡que así la ingrata á su desdén me inmola!
En cambio á mi rival de audacias lleno
le da su amor sin ver que de ira estallo;
para él hay los perfumes de su seno,
¡para mí las espinas de su tallo!

—Pues señor caracol lo siento mucho;
pero á mí me parece

que es algo extemporáneo su arrechucho
¿qué rosa se parece

por un ser de tan fea catadura?

—¿Y es mejor mi rival? ¡linda figura!

Aunque brille á sus ojos deslumbrante,
¿merezo los desprecios de la ingrata?

Si al volar inconstante

el raya de oro el aire azul brillante
yo dejo por doquier rastros de plata....

—Pura baba asquerosa

que inspira repugnancia á toda rosa.

De que no logre usted el bien que ansía

con gusto la razón la explicaría,
aunque sus amorosos paroxismos
solo mueven á risa por lo chuscos

si ustedes, los moluscos,

pudieran entender de simbolismos

—¿Tan escaso me juzga de chirumen

que así habla en mi desdoro?

Abra el pico, señora, y que me emplumen

si á comprender no alcanzo

la razón que me priva del tesoro

en pos del cual, ebrio de amor, me lanzo

—Pues escuche un momento

ya que tienen tan claro entendimiento:

imagen ideal de la hermosura

es la rosa gentil que en la espesura

abrió el sol, la otra tarde, y le desvela;

más ¡ay! su posesión, porque suspira

el que á encumbrarse á lo ideal aspira

no es del ser que se arrastra... ¡es del que vuela!

CASIMIRO PRIETO.



La volatilización del diablo

SATANÁS andaba muy malhumorado y pensativo, buscando en los repliegues negros de su imaginación artes de palabra y de obra con que animar á sus legiones infernales, afligidas de grave desaliento y consternación.

Los diablos, siempre joviales y revoltosos como gente



despreocupada y maleante, habían perdido la alegría y aún la esperanza de recobrarla, porque Dios les cerraba las puertas del infierno, impidiéndoles subir en lo sucesivo á la tierra, donde tanto se divertían á costa de los pobres mortales.

Entretenían la huelga forzosa de la reclusión con las gratas memorias de los tiempos en que, ya con su forma propia, ya con la de animales raros y caprichosos, corrían el mundo, engañando á los hombres, pervirtiendo á las mujeres, comprando almas desesperadas, ó adquiriendo de balde almas de cántaro; seducciones, compras y conquistas de que lograban rico botín y diaria provisión para el infierno.

Aquel encierro les infundía verdadero pavor. Temían unos que el linaje humano, libre de tentaciones inmediatas, se hiciera bueno y justo, tomando en derechura el camino del cielo.

Temían otros que la humanidad les perdiera el miedo y respeto que les tenía y que, no viéndolos por ninguna parte, empezara á creer que no existían tales diablos.

Y se quejaban todos de la parcialidad de Dios, porque establecía un monopolio á favor de los ángeles, los cuales podían ejercer á sus anchas su industria benéfica: mientras los demonios encontraban cerrada la frontera, privilegio y proteccionismo que permitían la expendición de las virtudes, con perjuicio evidente del infierno, y con menoscabo del mismo albedrío del sér humano á quien se privaba de escoger y discernir entre el bien y el mal. ¿Qué mérito tendría ya la virtud sin el toque y la oposición del vicio que la contrastan como el oro en la piedra, y la acendran como el fuego en el crisol? ¿Qué gloria el triunfo sin el combate donde se prueba el esfuerzo y se acredita el valor?

Y el infierno entero proclamó la necesidad de abolir ese monopolio, así por decoro de la justicia é imparcialidad divinas, como en provecho de la libertad humana. El infierno debía guerrear por favorecer á sus enemigos. Por donde se advierte que esas advocaciones generosas son desde muy antiguamente el pretexto y capa de todas

las guerras del egoísmo. Porque en las revueltas de tales rodeos diplomáticos se escondían, como ladrón en la encrucijada, la codicia de conquistas y la ambición de dilatar las esferas de influencia del infierno.

Así es que el gran monstruo roji-negro, rey de las llamas y señor de las tinieblas, se pasaba los días y los meses mirando por el ojo de la cerradura de la puerta infernal, en acecho de ocasión en que pudiera forzarla por descuido de los guardianes celestes que de la parte de afuera la custodiaban. Pero la ocasión no venía, y además, las diversas salidas que los sitiados intentaron fueron ineficaces, porque la puerta quedó reforzada con un revestimiento de pluma de alas angélicas, materia intangible para el diablo. Tampoco pudieron colarse algunos diablillos enanos por el ojo de la cerradura, aún con ser grande y proporcionado á la magnitud de las llaves. Y en vista de esos fracasos, Satanás y los siete ministros mayores de su consejo se dieron á imaginar astucias que alcanzaron lo que no podía la fuerza.

El gobierno infernal no malgasta los días en programas oratorios ni en consultas y expedientes administrativos. Allí todo es rápido y sumarisimo, según conviene á quien conoce la importancia del tiempo. Se delibera pronto, se resuelve de prisa y lo resuelto se ejecuta en el acto. Por eso el infierno vence casi siempre y manda tantos millones de siglos sobre la pereza humana. Ni se gasta ni debilita, porque lo que más enflaquece á los poderes es el desuso y la inactividad de sus facultades y funciones.

El discurso de Satanás ante su Consejo de primates fué breve y dijo así:

«El estado mísero á que nuestro enemigo eterno nos ha traído, es tan visible á todos, que no he menester de retóricas para encarecer la fuerza abrumadora de nuestras desdichas y la necesidad urgente de remediarlas. La mejor pintura de los males ciertos está en los ojos que los ven, y la más persuasiva prueba de las necesidades está en padecerlas. Hay que restaurar las libertades diabólicas, hoy vejadas, y volver por el crédito infernal, hoy muy decaído y á punto de ruina total. No traigo ni os pido palabras huecas, sino resoluciones firmes, que no con arengas, sino con opresiones, nos combate y vence el enemigo.»

El Ministro de la Fuerza, habló el primero por tratarse de un caso de guerra. Pensó poco su plática: no es su oficio el de pensar. Pero, aun pensándolo mucho, no hubiera conseguido nada. Se confesó impotente para forzar el paso.

Satanás, muy enojado contra aquel poder que no le servía cuando lo necesitaba requirió el auxilio de la astucia diplomática.

El ministro del ramo pensó, ó hizo como que pensaba detenidamente: habló con parsimonia en la palabra y gravedad en la apostura. Y, en resumen, se declaró tan incapaz como su colega.

«Tratárese—dijo—de embaucar á los hombres con apariencias cortesanas, ó de disimular nuestras intenciones con frases melifluas, y yo inventaría artes y perfidias maestras. Pero la diplomacia no tiene que hacer cuando se nos impide tomar formas engañosas y sutiles con que seducir las almas y meternos por los ojos.»

Desechadas por inútiles las obras de la fuerza y de la diplomacia, se recurrió á la obra del ingenio. El Ministro de las ciencias mágicas desató la dificultad, porque se viera que en todo lugar la ciencia y la enseñanza han de ser salvación de las sociedades oprimidas y reparo de los daños acaecidos.

«Los demonios no podemos ya salir del infierno por la fuerza, en nuestra forma corpórea, ni por la astucia en figura y especie de serpientes ó animales extraños. Tampoco cabemos por las rendijas de las puertas infernales. Pero las leyes de la naturaleza no se violan y menos por aquel que las dictó y está por ello obligado á su respeto. Por donde no caben los cuerpos sólidos, caben los gaseosos que tienen la propiedad de comprimirse ó dilatarse según su conveniencia. Salgan, pues,



por resquicios y cerraduras los vapores infernales, y extiéndanse como emanación palúdica y miasma pestífero por la costra de la tierra. ¿Qué importa que no llegue á ella nuestro cuerpo si llega nuestro espíritu, ni qué interesa que el hombre se escape de nuestras garras, si le inficionamos con nuestra substancia?»

Este feliz razonamiento fué acogido con largo murmullo de admiración y fiera risa satánica, que se ríe por lo que otros han de llorar.

Y, sin perder tiempo, se puso en ejecución el maravilloso proyecto, cuyos pormenores puntualizó el minis-

tro en la segunda parte de su sabia oración, la cual, según pedía el Rey de las tinieblas, no fué cascabelera palabrería de la que usan los políticos de acá. Aquello era engendrar ideas en alta voz y en público.

Limpiadas cuidadosamente las grandes calderas de Pedro Botero, para la cabal pureza de la operación, se avivaron con doble corriente de aire las llamas eternas, hasta poner las vasijas al rojo. Hízose luego llamada general de las legiones infernales para reclutar en ellas los diablos más endiablados, á fin de cocerlos vivos en las marmitas preparadas.

En cuanto se supo que los más perversos serían los escogidos, no hubo necesidad de leva forzosa.

Allí la perversidad es un honor, y todos se lo disputaron en reñida competencia, para aumento de su mala fama. Interesábanse, además, el bien común, la salvación de la patria tenebrosa, y el patriotismo no se ha acabado en el infierno, que por eso prevalece sobre la humanidad y conserva sus extensas colonias sobre la tierra. Millares de demonios se ofrecieron á sacrificarse á la mayor gloria de Satanás. Y ellos mismos de cabeza se arrojaban en las hirvientes calderas con tal prisa y en tanto número, que hubo de ponerse coto al entusiasmo, sacando de ellas ó impidiendo entrar á muchos pobres diablos, que, por no ser bastante malignos, podían desubstanciar el guisado.

Empezaron á chirriar los cuerpos que se tostaban, soltando sus grasas pestilentes. Comenzó luego á cocer aquel líquido viscoso, borbotando estruendosamente como hervor de inmensa catarata. Y de aquella ebullición se desprendieron pronto gases y vapores negros en abundancia tal que, no cabiendo ya en los ámbitos del abismo, buscaron y tuvieron natural salida por los resquicios y cerraduras de las puertas, como sale á lo exterior el humazo del incendio de una casa cerrada. Y así en columna continua que, retorciéndose luego en espirales formaba madejas, y en madejas que abriéndose y dilatándose formaban nubes, los vapores escapados del infierno subieron á la tierra, incorporándose en su atmósfera, como la humareda se disuelve en el aire dejando en él hedor y tufo del incendio.

La audacia de la ciencia había triunfado sin que los ángeles guardianes pudieran sospechar la estratagema ni estorbar la expansión de un fluido incoercible.

Aquello era el extracto y quinta esencia de las maldades y pasiones infernales, la volatilización del diablo, que con sutileza tan ingeniosa se introdujo en la sangre de los hombres, para inficionarla, como se verá en la segunda parte de de esta historia sacada de antiguos códices de la magia.

EUGENIO SELLÉS.

REMINISCENCIAS

Sentí una pasión loca cuando era muy pequeño; por unos ojos negros mi alma desprevenida tuvo una intuición triste del dolor de la vida, en la edad en que todo debía ser risueño.

Apenas mi memoria reconstruye el diseño de aquella transitoria visión desvanecida, que sin saberlo acaso me ocasionó esta herida que aroma el vagaroso perfume de un ensueño.

Ignoro si era buena, si era tranquila y suave, mi amor también ha muerto porque el sufrir disuelve en recuerdos y lágrimas todos los desengaños;

y sin embargo pienso que por ella, quien sabe, estoy viejo, y sollozo porque sé que no vuelve. el ardor inocente de los primeros años.....

JOSÉ GALVEZ.

CRONICA JOCO-SERIA

El domingo pasado tuvo lugar una reunión de los obreros de Lima y del Callao, en el local de la Confederación de Artesanos, para cambiar ideas respecto á las leyes sobre el trabajo y riesgo profesional que debe discutirse próximamente en las cámaras. Parece que los obreros juzgan que el tal proyecto defrauda sus esperanzas, y los discursos que se pronunciaron prueban que no están resueltos á dejarse tomar el pelo por los padres de la patria. Como presumíamos que la sesión había de ser de cierta importancia, enviamos á un repórter-fotógrafo para que tomara vistas de los momentos más interesantes de la reunión. Por desgracia nuestro cronista se hallaba trastornado con la noticia del desastre de Tambo de Mora, en el que parece falleció una morena que lo había lactado en su más tierna infancia, y se olvidó de poner placas en su Kodak. Cuando se mesaba los



El señor doctor don José Pardo encomendó este trabajo al diputado señor Matías Manzanilla, quien presentó el proyecto respectivo, cumpliéndose así solo en parte lo ofrecido. Si dicho proyecto

no llenaba totalmente nuestras aspiraciones á lo menos se había avanzado un paso hacia el mejoramiento de la clase obrera en general; pero interesados algunos miembros de las comisiones de legislación é industrias de la misma cámara de diputados, mutilaron el proyecto quedando paralizada la discusión y quedando á la orden del día hasta su mejor oportunidad.

Se hace necesario, pues, que tanto el gobierno como la honorable cámara de diputados, comprendan que no somos una aglomeración de hombres sin libertad sin educación y que carecemos de los conocimientos de nuestros derechos individuales.

Desde nuestra emancipación política hasta nuestros días los poderes públicos los diferentes congresos, han asistido impasibles á esa serie de espectáculos en que los obreros han sido sometidos siempre á una labor más pesada que la de sus fuerzas, por un pré inferior á sus necesidades y otros mutilados ó muertos en el cumplimiento del deber; todo esto con el

irrisorio pretexto de que la constitución proclama la libertad individual. La libertad individual mirada sobre este punto de vista no es otra cosa que la com-



.....>

.....>

Hablaron otros ciudadanos obreros en defensa de la muy justa causa que les preocupa. El socialista español Cirilo Martín fué el único que desbarró con su afán de originalidad en la correcta reunión que el dibujante, sin mala intención y solo por travesura, pone en guasa. Martín se mostró desconsolado porque en la ley sobre el riesgo profesional que acuerda una pensión á la viuda superviviente á un obrero interfecto no se le acuerda algo semejante al pobrecito varón que tiene la desventura de perder á su consorte, víctima de un accidente del trabajo. Es decir que el vago y sinvergüenza borrachón que explota la condescendencia de su compañera en vida, debe seguir explotándola difunto. No, mi querido don Cirilo, ha confundido usted, en sus teorías socialistas exageradas, los derechos del obrero pundonoroso, que defendían sus compañeros, con los de la vagancia cínica. Los únicos casos en que un hombre puede sin vergüenza ni



cuatro pelos, del mostacho desesperado de no poder cumplir su cometido, tuvo la suerte de encontrarse con un amigo, travieso dibujante, que le ofreció hacer los apuntes gráficos y salvarlo del apuro. Y efectivamente nos ha traído la relación con monos ilustrativos que publicamos á continuación. No respondemos de la exactitud de una y otros.

Cerca de 400 obreros se reunieron en el local de la Confederación.

El señor Luis B. Castañeda abrió la sesión con un breve discurso en que expuso el objeto para el que habían sido convocados los obreros. Al terminar fué muy aplaudido y cedió la presidencia al señor Alejandro Rivera Santander quien pronunció el discurso que extractamos.

“Señores Presidentes:

Compañeros:

Es á la benevolencia de los señores delegados de la Confederación de Artesanos y á la Asamblea de sociedades unidas á quienes debo el hallarme presidiendo este acto. Hónrome de ello y doy las debidas gracias.

(Expone que el presidente de la república había ofrecido cuando era candidato á la Presidencia ocuparse de hacer dar una ley que protegiera á los obreros de los abusos de los industriales.)



desdoro vivir de los lomos de su consorte es cuando él se halla impedido de trabajar por ceguera, senectud ú otra incapacidad física. En caso de viudez, reclame usted para él el asilo, la caridad de los compañeros, pero no un ridículo *montepío* á título de viudedad.



Nos aseguran nuestro cronista y el dibujante que un discípulo del socialista Martín, natural de Coracora, tenía preparado un espeluznante discurso que habría hecho un efecto formidable, pero por felicidad no llegó á pronunciarlo, y pudo así la asamblea de los obreros realizarse con una cultura y corrección que ya la querrían instituciones más empingrotadas. Los congresos, verbigracia.

Ojalá que los obreros obtengan del Parlamento una ley justa y humanitaria, como existe en los países civilizados de Europa, fijando los derechos de los obreros á indemnizaciones y pensiones por consecuencia de desgracias sufridas en el cumplimiento de sus deberes profesionales. Así los ciegos, mutilados y derrengados por accidentes del oficio no vendrán á aumentar la ya crecida cohorte de mendigos que existe en la ciudad. El *oficio* quedará exclusivamente desempeñado por cuatro viejas pelonas.

Prepárense pues los señores Godoy Luna y demás ricos industriales y empresarios á satisfacer las exigencias justas de los obreros que resulten sacrificados en servicio de ellos y de sus competencias. Los Quintanas del porvenir —Congresc *volente*— podrán morir legalmente tranquilos.



Estambres y Pistilos

Bajo el velo del agua transparente
impregnada de rayos luminosos,
estambres y pistilos pudorosos
se citan, para amarse, en el ambiente.

Atravesando el líquido luciente
asómanse los tallos amorosos,
y á los himnos del viento rumorosos
los desposa la luz resplandeciente.

A la vez en las frondas escondidos,
icuántas dulces escenas misteriosas
entre los bosques formarán los nidos!

El lento desplegarse de las rosas,
el crujir de los granos, los latidos...
¡oh concierto invisible de las cosas!

SALVADOR RUEDA.



Peruanas en la Alhambra

EL MEDICO MODERNO

LA mujer del día tiene un dominador, y este dominador es el médico. La cosa es naturalísima. En la época en que la mujer tenía un alma, ó creía tenerla, que da lo mismo, dependía del sacerdote; ahora, que tan sólo es un cuerpo estremeciente de nervios, ó se imagina no ser otra cosa, lo cual es idéntico, se somete al médico. Para ella es imposible la ausencia de confesión; este acto, de donde germinó el triunfo de la iglesia católica, es la ley del instinto femenino. Menester es que la mujer hable de sí misma, mintiendo ó diciendo verdad; que se entregue, ó semeje realizar este acto. ¿Mintiendo? No. Desde el momento en que habla, persuadida está de que tan sólo la verdad enuncia; y su hipocresía involuntaria la alivia tanto como el más franco abandono. Y puesto que, según la moda, la mujer cayó del sentimiento á la sensación, de la pasión á la neurosis, la mujer confiesa su carne, y sus músculos, y sus nervios, por modo verídico ó falso. El confesor era el médico de las almas—en la época de las almas—el médico es el confesor de los cuerpos. Más si el médico apetece posesionarse de su enferma, de su penitente, deberá, para salvar el sér físico, tener algo de la religión que el confesor empleaba para sanar el sér moral; de la propia suerte que el sacerdote, antaño, so pena de abandono del altar, debía encantar algún tanto y enternecer la inquietud escrupulosa ó el tormento de las ardientes almas.

Puesto que la mujer fué un espíritu de nervios constituido; puesto que no es sino nervios constitutivos de un espíritu, menester fué—de la Grandier á Londun—que en el sacerdote hubiera algo de médico (médico ó brujo, tanto monta para el caso), y que en el médico haya algo de mago (sacerdote, mago, la diferencia es nimia.) Formulada por un experimentador ilustre, se menciona la siguiente frase: como viera llegar á su clínica á un estudiante medio campesino, cuyos nudosos dedos denunciaban el trabajo agrícola: «¡Bien!» imuy bien!—le dijo;—ejerceréis la profesión en provincias. En París sólo se cuida bien de los enfermos con manos episcopales.» El facultativo tenía razón. Es indispensable, sobre todo cuando de una mujer se trata, visitar como si se bendijera; y poner en la bendición una á modo de caricia; esto en manera alguna perjudica á la convaleciente, y hasta concurre á la analepsia. En manera alguna se imagina cuánto puede haber, ó por mejor decir, cuanto hay de elegancia sacerdotal, la más linda de las elegancias—merced al ademán sagrado de donde radica—en el hombre requerido para pulsar á una parisiense. Es un bribón, si no es un apóstol, al cual, por otra parte, faltaríale muy poco para caer postrado de rodillas. Asistir á la mujer moderna, y por tal entiendo la que vive en los barrios en que sólo palacios se descubren, de otra suerte que por el modo dulzón y benigno de un director de conciencias, hombre de mundo inclinado á la indulgencia, fuera un perfecto absurdo. Tras los pecados menudos surgen las enfermedades nimias, que no hay otras al través de los cortinajes donde el olor de las drogas se desvanece ante las batistas y las puntillas perfumadas con el sándalo y el opoponax. Más las concesiones del médico, en su exquisita sociabilidad, no deben llegar nunca al renunciamiento de sus prerrogativas, cuasi eclesiásticas. Debe, por el contrario, semejar el sacerdote que en el confesonario permanecerá solemne ante la niña que acaba de acariciar en el patio del convento, con muy generosa mano. La mujer no se complace en la gracia sino cuando en ella descubre una fuerza. Si gusta de la victoria, es cuando se

la procura quien á su vez puede vencerla; sólo ansía ser por los dioses adorada, y conviene que el médico, en medio de sus familiares cortesías, permanezca ceremonioso, extraño, como alejado y omnisciente. La receta es una penitencia que se impone; se traga una píldora por virtud de la persuasión suntuosa. Estáis curada; viene á ser como la absolución; y existe un paraíso: la morfina.

El más cabal de entre los médicos modernos es el doctor Urbano Glaris, porque á la gravedad casi enfática que la abundante ciencia suministra, une el divertimento de partículas diabólicas. Más aquello que sobre todo le recomienda á la ardorosa simpatía de las mundanas es la delicadeza casi clerical de sus preguntas, por las mañanas, junto á la cabecera, cuando la doncella, luego de colocados los almohadones de puntillas tras de los hombros de la enferma, dice: «El señor doctor puede pasar.» Tiene un procedimiento peculiarísimo de preguntar apenas, de adivinar á escape la causa del malestar. En presencia de otro facultativo cualquiera, la violencia, la tirantez surgirían al punto. Es, en efecto, el único para quien un leve catarro es motivo de auscultación. Muy difícil sería expresar con qué reserva en la habitación, velada por la penumbra, el doctor suplica que los cortinajes no se toquen, y en el dormitorio, bañado por los aromas de un sueño acompañado de ligera fiebre, el doctor acomoda su oído hacia los bronquios ó los pulmones. Nunca pide que se aparten los obstáculos, y al través de las blondas, escucha el vaivén de la respiración. Pero el doctor, más que en nada, se distingue en mostrar que se halla advertido cuando un mal más misterioso le obliga á observaciones más lentas.

... En ocasiones tales surgen de su pensamiento hipócritas inocencias, muy del caso para conciliarle la estima de las personas piadosas de su reputación intachable. En cambio adopta continente grave para con las enfermas que no le están, y sufren por modo indecible. Ante ellas, no sonríe; declina toda cortesía; conviértese en sabio y en pensador—en el soñador que en esencia es. Alberga la persuasión de que en un cuerpo sano puede haber sufrimientos más dolorosos que en la naturaleza atormentada por el mal, y su piedad no tiene límites para con las incurables. Considera que las gentes que padecen cólicos nefríticos son menos dignas de lástima que aquellas otras que declaran con temor del epigrama. «En verdad, doctor, que yo no sé lo que tengo», y que tienen, en realidad, la muerte en el alma, conservando la vida en el cuerpo. Y se coge la cabeza con las manos, lleno de misericordiosos pensamientos ante las jóvenes que tienden las suyas, murmurando: ¡Dios mío! ¡Dios mío, quisiera mejor la muerte!, y que por la noche irán al baile. Tratar á latigazos esas dolencias, ó mediante cubos de agua lanzados á la faz, tal es el proceder de algunos prácticos. Pero él no quiere tener razón como ellos; vive persuadido de que importa muy poco una pierna rota, si se la compara con la lenta inquietud persistente en el mirar y con el temor de un estremecimiento que ocasionará inmediato sobresalto, que si fuera seguro á lo menos al volver sería esperado. Todos estos accidentes, á sus ojos, son más crueles que los dolores más brutales. Así escucha los melancólicos lamentos y suele acceder cuando la mirada del enfermo implora uno de esos venenos eficaces que hacen dormir, soñar, olvidar.

“A través de un prisma”

Ha sido una semana fecunda en sucesos sensacionales la semana pasada. Parece que todo se hubiera con-fabulado para multiplicar alrededor de la atención pública el continuo rodar de los acontecimientos. Naufragios, choques en las calles, mitins de obreros, asambleas populares, juntas universitarias; toda una larga serie de sucesos calamitosos ha venido á llenar la primera página de los diarios con sus detalles sensacionales y con sus incidentes más sensacionales aún.

En la Universidad en la vieja institución apegada á sus añejas tradiciones ha soplado un viento de reforma. ¿De dónde salió aquel impulso que ha metamorfo-seado en eruditos articulistas y furibundos oradores á los que días antes pasaban por alumnos relativamente pacíficos é incapaces, no diré de confeccionar un artículo, de sostener una discusión íntima? Nadie lo sabe. Ello es que en dos semanas escasas se ha realizado la variación: las aulas se han visto desiertas, y sobre el primer asunto han llovido el enrolamiento militar y el congreso de Montevideo, tópicos bastante poderosos para transformar los patios y claustros de San Marcos en una gríllera, digna de los mejores tiempos de la Convención Francesa ó de cualquiera otra convención revolucionaria y ardorosa.

Pero lo extraño del fenómeno estriba en la general repercusión que él ha tenido entre el resto de la juventud estudiantil. De antemano se sabía que los alumnos del antiguo San Carlos eran ardientes partidarios de todas las iniciativas, y que la mayoría de los movimientos universitarios habían nacido en esos claustros, entre el hojear de los códigos y el sempiterno charlar de la vieja pila del patio universitario. Pero, jamás, ó casi nunca, tales movimientos se habían generalizado entre el resto de la juventud universitaria, separados totalmente de los alumnos de San Carlos, por diferencias de ubicación y de carácter. Allá en la Escuela de Medicina, mis compañeros, los futuros galenos, pasaban por personas muy serias, incapaces de un movimiento colectivo que los apartara por un momento de sus hospitales y laboratorios, y atentos solamente á los resultados de su labor diaria.

Pero ¡irrezas del momento! en la última semana las cosas no han pasado así. Los estudiantes de Medicina nos hemos creído durante un momento con el imprescindible deber de hacer lujos oratorios, y de alborotar el cotarro estudiantil, con discusiones inútiles. Pocos han sido

los que han tenido el suficiente criterio para hacer ver las conveniencias ó inconveniencias de un enrolamiento, pasando por alto las cuestiones del patriotismo y las reminiscencias de nuestros tiempos heroicos; para la mayoría las maniobras han sido una brillante y aprovechable ocasión en la que era posible demostrar que la Patología no está reñida con la oratoria y los resultados de esa concepción bajo la forma de rimbombante y floridos discursos, han ido á despedir los ecos de la amplia sala de conferencias de la Facultad, y la tristeza de los que creyeron asistir á una asamblea, no de furiosos *chauvinistas* y de *científicos* retóricos, sino á una reunión de estudiantes en completa conformidad con los dictados del criterio, y más versados en las intimidades del microscopio que en los secretos intencionados de un *Mausser*.

Debo declarar que no soy opuesto á la idea de un enrolamiento colectivo, más aún, creo que aunque las maniobras no dan un verdadero resultado práctico, la iniciación del movimiento y la repercusión que este tenga en posteriores contingentes de alumnos, bastará para compensarnos de las fatigas de una expedición; y de la pérdida de vuestras vacaciones próximas. Pero hermanar este pacífico concepto, con frases de cuarto acto de tragedia, y desplantes dignos de un diputado novel, es cosa que dice muy mal del pregonado criterio y discreción que siempre han reinado en los claustros de San Fernando.

Hoy, las cosas han variado algo. Pasada la efervescencia de los primeros momentos, la calma ha vuelto á reinar en aulas y hospitales. Se ha discutido privadamente, y sin nocivos acaloramientos, todas las cuestiones que hoy agitan á la Universidad. De los últimos años, y unguado con la general estimación, ha salido un representante, de cuyo criterio é inteligencia, deben esperar toda una brillante actuación los estudiantes de Medicina, y por último, sin visibles desplantes ni cónicas exageraciones, la mayoría de mis compañeros se apres-tan á cumplir su deber de jóvenes y de ciudadanos.

¿Pero cual sería la causa de aquella momentánea agitación? Un talento clínico de comprobada suficiencia me asegura que el movimiento tuvo todo el carácter de una epidemia... ¿será esto cierto?... De todos modos la profilaxia de la nueva enfermedad esta descubierta. Un fracaso oratorio, y las consecuencias de una ridícula actuación son remedios más que suficiente para curar esas raras enfermedades que atacan á los centros de la discreción y del criterio.



Nuestra información gráfica



Sr. Oscar Miró Quesada, Delegado de los estudiantes de Letras, Jurisprudencia y C. Políticas

Los alumnos de las diversas facultades que componen la Universidad y los de la Escuela de Ingenieros, han elegido como sus representantes en la conferencia estudiantil de Montevideo á los señores Víctor Andrés Belaunde, Oscar Miró Quesada, Oreste Botto y Manuel Prado Ugarteche, jóvenes todos ellos de cuya inteligencia y criterio podemos esperar espléndidos resultados.

PRISMA publica hoy los retratos de los jóvenes delegados y les envía sus felicitaciones por el honroso cargo de que se les ha investido.



Sr. Andrés Belaunde, Delegado de los estudiantes de Letras, Jurisprudencia y C. Políticas

Engalanamos nuestra página diplomática con el retrato del señor Samuel Ramírez de Arbelaez encargado de negocios de la República de Colombia ante la cancillería de Lima.

La correcta actnación del señor Ramírez Arbelaez en análogos cargos hace esperar toda una labor fecunda y brillante, durante la estadía en Lima del joven diplomático.



Sr. Grestes Botto, Delegado de los estudiantes de Medicina y C. Naturales

El domingo pasado se realizó en el Palacio de la Exposición un lunch muy concurrido por personas conspicuas del Ejército y de nuestra sociedad, en honor del señor general don Norberto Eléspuru elevado á esta categoría militar por el Supremo Congreso que ha querido hacer justicia á los méritos contraídos por el pundonoso jefe. Reproducimos una vista tomada por nuestro fotógrafo de la hermosa y cordial actuación.



Señor Manuel Prado y Ugarteche, Delegado de los estudiantes de la Escuela de Ingenieros. Fotos. Moral.

Los alumnos universitarios han dado la nota predominante en la pasada semana. Como por encantamiento llovieron sobre los claustros de la vieja Universidad tópicos tan interesantes como el enrolamiento militar y la asistencia al congreso de Montevideo, suficientemente poderosos para conmover el cotarro estudiantil en una explosión de asambleas y discursos.

PRISMA reproduce hoy varias vistas de las reuniones universitarias y grupo de los párticipes del simpático movimiento.

El cable ha traído la infausta nueva del fallecimiento, en Madrid, del coronel Nieto que hasta hace poco había desempeñado importantes comisiones. El señor Nieto había ido á Europa en viaje de placer y le ha sorprendido la muerte cuando aún podía prestar nuevos servicios. Publicamos su retrato.



Señor D. Samuel Ramirez de Arbelaez
Encargado de Negocios de Colombia

Foto Moral

El matrimonio civil tan común hoy en los países europeos va ganando terreno entre nosotros á raíz de la ley que lo autoriza—Rara es la semana que pasa sin que figuren en los re-



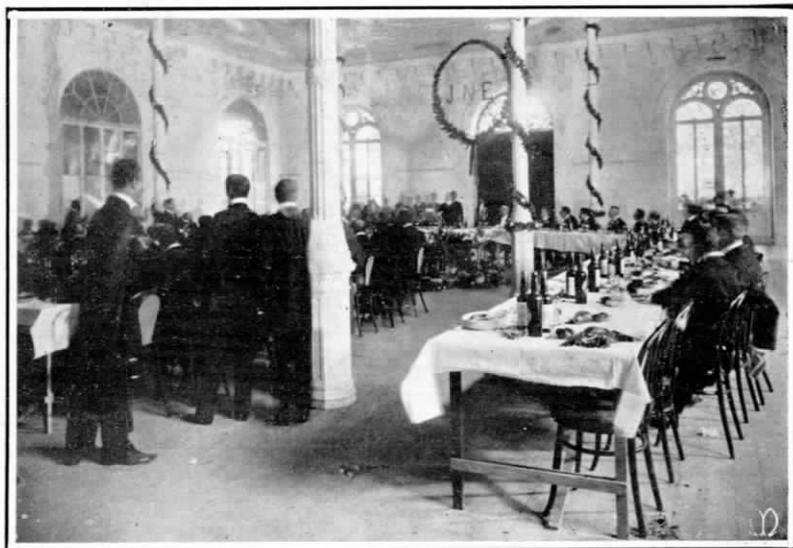
Enlace Gerth-Gurke

gistros civiles.—Entre los registrados últimamente se encuentra el de don Eduardo A. Gerth con doña Ida Bertha A. Gürke, cuyos retratos ofrecemos á nuestros lectores.



Nuestros paisanos no dejan, en algunas ocasiones de demostrar cierto exotismo de buen tono. El último correo de Europa, nos trae fotografías de la Alhambra de Granada, y en ellas un grupo de paisanas nuestras, la familia Dorich, vistiendo en el morisco palacio, trajes orientales en completo antagonismo con los modelos de Paquín y las exigencias de la actual moda.

Convengamos en que no es justo admirar á Pierre Loti trajeado de Faraon en pleno París, y pasar por alto las imágenes de nuestras paisanas, metamorfoseadas en odaliscas, en un patio del más bello estilo mozarabe.



Lunch al General Eléspuru

Foto Legrand,



✕ Coronel Daniel Nieto

Foto Moral

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

XVIII

Te quejas de que no te he dado noticias más en un mes y me hablas irónicamente de mis ocios, burlándote del famoso sistema que yo ensalzaba como una simplificación de la existencia.

A juzgar por tu vana palabrería, me crees aprisionado por los inquietantes cuidados de que precisamente pretendía librarme; te figuras que estoy siempre yendo, viniendo, corriendo, ocupando sin cesar con mis hurfes y sin tener siquiera tiempo para escribirte.

Estas, una vez terminada su instalación, me dejan el espíritu mucho más desembarazado que la más insignificante de mis intrigas amorosas de otro tiempo. No pesa sobre mí ninguna de esas

obligaciones mundanas que se apoderan de nosotros por completo, que nos obligan á seguir al objeto amado al teatro, acompañarla coqueteando, descotada casi hasta la cintura, con algún amigo íntimo que tal vez sea su amante mañana. Mis amores, más púdicos, se hallan ocultos en el fondo de mi harén, á toda mirada profana, y sé que siempre me están aguardando. Tengo mi llave en el bolsillo. A cualquier momento del día y de la noche puedo llegar como dueño, sin tener que abandonar el club, la sociedad, mi trabajo ó mis distracciones una hora antes. Tal es la existencia agitada que me supones.

Sin embargo, como era de prever, han tenido lugar grandes cambios en el interior de mi hogar donde debía desaparecer, en parte, el elemento turco para ceder el puesto á las necesidades de la civilización. La transformación de mis hurfes es ya casi completa. Hadiyé, Nazlí y Zura fueron el otro día á la Opera; he de confesar no obstante que su emoción fué tan viva en este primer ensayo de atrevimiento que, desde el rincón de la sala donde

yo acechaba su llegada, creí por un momento que iban á abandonar el puesto. En sus frecuentes salidas y paseos se habían aguerrido ya poco á poco no sin cierta coquetería; pero luego que se vieron repentinamente en aquel palco, con la cara descubierta y bajo las mil miradas de los infieles, se apoderó de ellas el mayor pánico. Por extraño que pueda parecernos este inexplicable sentimiento de pudor musulmán, les parecía, según me contaron después, «que estaban como desnudas ante aquella concurrencia.»

Sea como quiera, dominada la primera emoción gracias principalmente á las exhortaciones de Mohamed, que ya casi había perdido la cabeza, se tranquilizaron poco á poco y trataron de disimular aquella alarma que podía tomarse desde lejos como señal de timidez excesiva.

Levantóse el telón y empezó el primer acto de *Don Juan*, lo

cual abrió nuevo curso á sus emociones. Durante el entreacto, su palco no tardó en llamar la atención especial del público de los días de moda y de los abonados. Su gracia indolente, propia del tipo oriental, aunque modificada por el traje, no podía menos de causar gran impresión.—¿Quién era aquel anciano acompañado de tres hijas de tan extraña belleza? En el palco del Jockey adonde fuí para oír lo que se se decía, todo el mundo se interrogaba mutuamente como en los días de grandes acontecimientos políticos. Mohamed fué alternativamente un millonario americano, un príncipe ruso, un rajá que acababa de llegar de la India. Por cierta sonrisa mía intencionada adivinaron en seguida que yo sabía algo más que todos los demás: rodeáronme y me asietaron á preguntas. Había ya comprendido que valía más disipar las dudas á fin de esquivar investigaciones demasiado indiscretas. Dije pues simplemente algo que se aproximaba á la verdad: que Omer Raschid Effendi era un rico osmanli á quien yo había conocido en Damasco y que venía á establecerse en París con su familia.

De este modo tomé mis precauciones contra toda sospecha de misterio en el caso de que algún fortuito incidente llegase á descubrir algún día mis visitas al hotel de la calle de Monsieur.

De esta suerte, como ves, quedan las cosas arregladas de un modo definitivo. Esta nueva existencia no es más que una serie de encantos para mis almeas, y en verdad experimento ahora la sensación de un harén ideal, sin la monotonía que forzosamente resulta del sistema de claustración. Bajo la influencia de nuestras costumbres refinadas se van transformando poco á poco sus ideas. Tienen doncellas francesas y el estudio de nuestras elegantes mundanas les revela mil formas de coquetería nuevas. Mis animalitos se van convirtiendo en mujeres; esta sola palabra te explicará todo el encanto de semejante aventura cuyo secreto sólo posees tú en el mundo.

Como habíamos resuelto, Konyé-Gul está separada de sus demasiado celosas compañeras. Hadiyé, Zura y Nazlí no han visto en esto sino la confirmación de su desgracia y, suponiéndola relegada en alguna apartada estancia del hotel, se creen más seguras de su triunfo. La discreción de mis crñados nada deja que desear. Sirven como los mudos del serrallo. Síguese de aquí que estamos libres como el aire. Cuando quiero salir con ella hago una corta visita á las otras; al cabo de un cuarto de hora de charla las dejo y me voy en su carruaje, en cuyo fondo se halla ya instalada mi favorita. Ya ves cuán ingenioso, sencillo y delicado es esto; sin embargo, experimentamos aún cierta molestia y el aislamiento es bastante penoso para la pobre Konyé. Lee y devora cuantos libros le llevo; pero los días son largos, y Mohamed, acaparado por las otras, no puede acompañarla á la calle. He pensado pues que abandone por completo el harén para librarla de todos estos inconvenientes. La principal dificultad consistía en encontrar una dueña respetable y de confianza, que pudiese acompañarla en un cuarto separado; ya he encontrado la dueña. El otro día hablábamos ambos de un hotelito que he descubierto en lo alto de los Campos Elíseos y de una aya inglesa que me parecía reunir todas las cualidades de madre postiza.

—Si quisieras, me dijo, todo se arreglaría fácilmente.

—¿Cómo?

—En lugar de esa aya á quien no conozco, preferiría tener á mi lado á mi madre.... ¡Me alegraría tanto de volver á ver!

—¿Tu madre? exclamé asombrado. ¿Sabes acaso donde está?

(Continúa.)